

## Los Números Sagrados En La Tradición Pitagórica Masónica

**Arturo Reghini** (1878-1946), matemático y filólogo, ocupó un alto cargo en la Masonería italiana (Supremo Consejo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, y miembro honorario de Supremos Consejos de otros países). Mantuvo correspondencia con René Guénon, fundó y dirigió las revistas *Atanòr* -donde este último publicó en primera versión *El Esoterismo de Dante* y *El Rey del Mundo*- e *Ignis* (1924-25) y contribuyó a la de *Ur* (1927-28); escribió numerosos artículos, y fue también jefe de redacción de *Rassegna Massonica*. Entre sus obras, *Cagliostro, documents et études*; *Notes brèves sur le Cosmopolite*; *Considérations sur le Rituel de l'Apprenti Franc-Maçon*; *Les Mots sacrés et de passe des trois premiers grades et le plus grand mystère maçonnique*; *Aritmosofia*; *Les Nombres Sacrés dans la Tradition Pythagoricienne Maçonnique*, todos editados hoy por Archè, Milano, y una obra inédita en siete tomos: *Dei Numeri Pitagorici*.



## LOS NÚMEROS SAGRADOS EN LA TRADICIÓN PITAGÓRICA MASÓNICA

**ARTURO REGHINI**

### **1ª Parte**

*Libertad va buscando, que es tan querida  
Como sabe quien por ella rechaza la vida.  
Dante, Purgatorio. I, 71-72<sup>(1)</sup>.*

**S**egún los antiguos rituales y las antiguas constituciones masónicas, el fin de la Francmasonería es el perfeccionamiento del hombre.

Los antiguos misterios clásicos no tenían otro objeto y conferían la *téléte*, perfección iniciática. Este término técnico estaba vinculado etimológicamente con los tres sentidos de fin, muerte y perfección, como ya lo hace observar el

pitagórico Plutarco. Jesús utiliza también la palabra *téleios* cuando exhorta a sus discípulos a ser "perfectos como vuestro Padre que está en los cielos", incluso si, por una de esas frecuentes incongruencias de las Santas Escrituras, afirma que "nadie es perfecto excepto mi Padre que está en los cielos".

Esa definición podría parecer explícita y precisa; y sin embargo un ligero cambio formal ha alterado gravemente el concepto. Tomemos como ejemplo el diccionario de Pianigiani que afirma que el fin de la Francmasonería es el perfeccionamiento de la humanidad; gran cantidad de profanos, al igual que numerosos masones, aceptan esa definición. A primera vista puede parecer que perfeccionamiento del hombre y perfeccionamiento de la humanidad significan lo mismo; de hecho, se refieren a dos conceptos profundamente distintos, y su aparente sinonimia genera un equívoco y oculta una incompreensión. Otros utilizan la expresión perfeccionamiento de los hombres, equívoca por igual. Evidentemente, es casi imposible decretar cuál es la expresión justa, porque cualquier francmasón puede declarar justa la que más de acuerdo está con sus preferencias, y aún complacerse, quizás, en el equívoco. Pero si se trata de determinar, histórica y tradicionalmente, la interpretación correcta y conforme con el simbolismo masónico, la cuestión cambia de aspecto y ya no se trata de preferencias particulares.

El manuscrito encontrado por Locke (1696) en la Bodleian Library –y que no se publicó hasta 1748– se atribuye a Enrique VI de Inglaterra: define la Francmasonería como "el conocimiento de la naturaleza y la comprensión de las fuerzas que hay en ella"; enuncia expresamente la existencia de un vínculo entre la Masonería y la Escuela Itálica, pues afirma que Pitágoras, un griego, viajó para instruirse, a Egipto, a Siria y a todos los países en donde los Venecianos [léase los Fenicios] habían introducido la Masonería. Admitido en todas las logias de los Masones, adquirió un gran saber, volvió a la Magna Grecia... y fundó una importante logia en Crotona.<sup>(2)</sup>

A decir verdad el manuscrito habla de Peter Gower; y, como el nombre Gower existe en Inglaterra, Locke se quedó bastante perplejo ante la identificación de Gower con Pitágoras. Pero otros manuscritos y las *Constituciones* de Anderson mencionan explícitamente a Pitágoras. El manuscrito de Cooke dice que la Masonería es la parte principal de la Geometría, y que fue Euclides, sabio y sutil inventor, quien dió las reglas de este arte y lo llamó Masonería. Hay otras huellas de reminiscencias pitagóricas tanto en los "*Old Charges*" como en el más antiguo de los rituales impresos<sup>(3)</sup> (1724) que atribuye una importancia particular a los números impares, de acuerdo en ello con la tradición

pitagórica.<sup>(4)</sup>

Todos los antiguos manuscritos masónicos concuerdan al señalar el perfeccionamiento del hombre, el del simple individuo, como único objetivo de la francmasonería. Las pruebas iniciáticas, los viajes simbólicos, el trabajo del aprendiz y del compañero tienen un carácter manifiestamente individual y no colectivo.

Según la más antigua concepción masónica, la "gran obra" del perfeccionamiento, se realiza trabajando sobre la "piedra bruta", es decir sobre el individuo, desbastando, puliendo y escuadrando la piedra bruta hasta transformarla en "piedra cúbica de la Maestría", gracias a las reglas tradicionales del "Arte Real" masónico de edificación espiritual. Existe una perfecta analogía con una tradición paralela, la tradición hermética que, por lo menos desde 1600, se encuentra injertada en ella y enseña que la "gran obra" se realiza trabajando sobre la "materia prima" y transformándola en "piedra filosofal" según las reglas del "Arte Real hermético". Operación que resume la máxima de Basilio Valentino: V.I.T.R.I.O.L. (*Visita Interiora Terrae Rectificando Invenies Occultum Lapidem* = Visita el interior de la Tierra, por rectificación encontrarás la piedra oculta) o la *Tabla de Esmeralda*, que modernos arabistas atribuyen al pitagórico Apolonio de Tiana. Por el contrario, según la concepción masónica profana y más moderna, el trabajo de perfeccionamiento debe ser realizado sobre la colectividad humana, es la humanidad o la sociedad la que hay que transformar y perfeccionar; y de ese modo a la ascesis espiritual del individuo se la substituye con la política colectiva. Los trabajos masónicos acaban por tener entonces una meta y un carácter primeramente social, a veces únicamente social. El verdadero fin de la francmasonería –el perfeccionamiento del individuo– pasa a segundo plano cuando no es francamente descuidado, olvidado e ignorado.

Tradicionalmente es la primera concepción sin duda la correcta, y en la literatura masónica del siglo XVIII estuvieron muy de moda las comparaciones e identificaciones exageradas y fantasiosas entre los misterios de Eleusis y la Francmasonería. Es indiscutible que el patrimonio ritual y simbólico de la Orden masónica solamente armoniza con la concepción más antigua del fin de la masonería; efectivamente, el testamento del candidato a la iniciación, los viajes simbólicos, las terribles pruebas, el nacimiento a la Luz iniciática, la muerte y la resurrección de Hiram, no pueden comprenderse en relación con los trabajos masónicos y el fin de la Francmasonería si todo debe reducirse a

no hacer otra cosa que política.

Históricamente, el interés y la intervención de la Francmasonería en las cuestiones políticas y sociales no se manifiesta mas que hacia 1730, y únicamente en algunas regiones europeas, con la introducción de la Francmasonería inglesa en el continente. Lo poco que por otra parte se sabe de las antiguas logias de antes del siglo XVII muestra la presencia y el uso en los trabajos masónicos de un simbolismo de oficio, arquitectónico, geométrico, numérico, que, teniendo por su naturaleza un carácter universal, no se encuentra ligado ni a una civilización determinada ni a una lengua en particular y permanece independiente de todo credo de orden político y religioso; es por esa razón que el masón, de acuerdo con el ritual, no sabe leer ni escribir.

Con la leyenda de Hiram y la construcción del Templo hace su aparición un elemento hebraico; y las palabras sagradas del aprendiz y del compañero (las únicas graduaciones o grados entonces existentes) que se refieren a esta leyenda son hebreas. Pero esta leyenda no pertenece al patrimonio tradicional de la Orden; la muerte de Hiram no figura en los antiguos manuscritos masónicos, y las *Constituciones* de Anderson ignoran el tercer grado. De todas maneras no hay nada de extraordinario en la presencia de elementos y palabras hebreas en una época en que el hebreo era considerado como una lengua sagrada, *la* lengua sagrada, aquella que Dios había utilizado para hablarle al hombre en el Paraíso Terrestre; se trata de un hecho cuya importancia y significado no hay que exagerar y que de ninguna manera basta para justificar la afirmación del carácter hebreo de la Francmasonería. La letra G del alfabeto greco-latino, inicial de geometría y de Dios (*God*) en inglés, que aparece en la Estrella Flamígera o en el Delta masónico, parece no ser sino una innovación (sin utilidad para quien no sabe leer ni escribir), mientras que los dos símbolos fundamentales de la Orden son los dos más importantes del pitagorismo: el pentalfa o pentagrama y la tetraktys pitagórica. El arte masónico o arte real, términos utilizados por el neoplatónico Máximo de Tiro,<sup>(5)</sup> era identificado con la geometría, una de las ciencias del *quadrivium* pitagórico, y es difícil comprender cómo un Oswald Wirth, masón erudito y hermetista, ha podido escribir que los masones del siglo XVII<sup>(6)</sup> se proclamaban adeptos del Arte real porque en otro tiempo hubo reyes que se interesaron en la obra de las privilegiadas corporaciones de los constructores de la Edad Media. Los elementos de puro carácter masónico constituyen junto con el simbolismo numérico y geométrico el patrimonio simbólico y ritual arcaico y auténtico de la fraternidad. No decimos su patrimonio característico, porque estos

elementos aparecen también, al menos parcialmente, en el Compañerazgo, muy cercano por lo demás a la Francmasonería.

Posteriormente, entre los siglos XVII y XVIII, cuando las logias inglesas comenzaron a recibir como hermanos a los *accepted masons*, personas que no ejercían la profesión de arquitecto o el oficio de albañil, hacen su aparición elementos herméticos y rosicrucianos, como por ejemplo Elias Ashmole (1617-1692), tal como señala Gould en su historia de la Francmasonería. El contacto entre la tradición hermética y la masónica fuera de Inglaterra se produjo igualmente casi hacia la misma época, lo que, evidentemente, implica la existencia en el continente de logias masónicas independientes de la Gran Logia Inglesa. El frontispicio de un texto hermético importante, editado en 1618<sup>(7)</sup>, reproduce junto a los símbolos herméticos (el *Rebis*) los símbolos estrictamente masónicos de la escuadra y el compás; ocurre lo mismo en un opúsculo italiano de alquimia<sup>(8)</sup>, impreso en láminas de plomo y que se remonta prácticamente a esa época.

En este opúsculo se ve, entre otras cosas, a Tubalcaín con una escuadra y un compás en sus manos. Ahora bien, en la Biblia se considera a Tubalcaín como el primer herrero. Un error de etimología, en aquel entonces muy extendido, y que retomó el erudito Vossius, lo identificó con Vulcano, el herrero de los Dioses y Dios del fuego, quien, según los alquimistas y los hermetistas, presidía el fuego hermético (o ardor espiritual), fuego que realizaba la gran obra de la transmutación. En una de nuestras obras de juventud<sup>(9)</sup> dimos una interpretación errónea de la palabra de paso Tubalcaín, pues ignorábamos la equivocada identificación de Vulcano con Tubalcaín que aceptaban los hermetistas y eruditos de los siglos XVII y XVIII. Hoy nos parece evidente que esta palabra de paso y algunas otras vienen del hermetismo, y que probablemente han sido introducidas en la Francmasonería y añadidas a las palabras sagradas, constituyendo pruebas del contacto que se había establecido entre la tradición hermética y la masónica. Las palabras de paso del 2 y 3<sup>er</sup> grado no existen en el ritual de Prichard (1730). Hermetismo y Masonería tienen como fin la "gran obra de la transmutación" y ambas tradiciones transmiten el secreto de un *arte*, al que designan con el término de arte real utilizado ya por Máximo de Tiro. Es pues natural que se hayan sentido muy próximas la una de la otra. Observemos que la adopción del simbolismo hermético no se efectúa en detrimento de la universalidad masónica ni de su independencia frente a la religión y la política, pues el simbolismo hermético o alquímico es, también, ajeno por su naturaleza a todo credo religioso o político. El arte masónico y el arte hermético, o simplemente el arte, es un arte

y no una doctrina o una confesión.

Hasta 1717 cada logia, de hecho, era libre y autónoma; los hermanos de un taller eran recibidos como visitantes en los demás talleres a condición de satisfacer el retejado (una especie de examen que permitía reconocer que un hermano lo era en verdad); pero solamente el Venerable de un taller detentaba la autoridad única y suprema entre los hermanos del mismo. En 1717, se produjo un cambio con la constitución de la primera Gran Logia, la Gran Logia de Londres, y poco después el pastor protestante Anderson redactaba las *Constituciones* masónicas para las Logias bajo la Obediencia de la Gran Logia de Londres; y, si bien teóricamente un taller podía y puede conservar su autonomía o adscribirse a la Obediencia de una Gran Logia,<sup>(10)</sup> en la práctica sólo se consideran hoy logias regulares aquellas que, directa o indirectamente, son emanaciones o derivaciones de la Gran Logia de Londres, en el supuesto de que esta derivación, y solamente ella, pueda conferir la "regularidad".

Ahora bien es muy importante observar que las *Constituciones* de Anderson afirman explícitamente que para ser iniciado y pertenecer a la Francmasonería la única condición es la de ser un *hombre libre* de costumbres irreprochables, y exaltan (al contrario que las diversas sectas cristianas) el principio de la tolerancia de cada quien por los credos de los demás, agregando solamente que un masón no será nunca un "ateo estúpido". Podría pensarse que Anderson admite que el francmasón puede ser un ateo inteligente, pero es más verosímil que, como buen cristiano, piense que un ateo es obligatoriamente un imbécil, según la máxima que dice: *Dixit stultus in corde suo: Non est Deus*, (El estúpido dice en su corazón: Dios no existe). Aquí, sería necesario hacer una digresión y observar que en esta disputa tanto el que afirma como el que niega no posee en general ninguna noción de aquello que afirma existe o no y que la palabra Dios se emplea habitualmente en un sentido tan vago que toda discusión deviene inútil. Sea como fuere, las *Constituciones* de la Francmasonería son explícitamente teístas; y los profanos, que acusan a la francmasonería de ateísmo, o bien lo hacen de mala fe o ignoran que trabaja para la gloria del Gran Arquitecto del Universo. Observemos aún que esta designación, que armoniza con el carácter del simbolismo masónico, tiene igualmente un sentido preciso e inteligible al contrario que ciertas designaciones vagas o carentes de sentido como las de "Nuestro Señor", "Padre de todos los hombres", etc.

La cualidad de hombre libre, exigida al profano para iniciarlo o al masón para considerarlo como hermano, es de gran interés. Anderson no deja de llamar

Francmasones a los *Free Masons*, y no queda sino examinar en qué consiste esa *freedom* de los Freemasons. ¿Se trata solamente de la franquicia económica y social que excluye a los esclavos y siervos, y de las franquicias y privilegios de que disfrutaba la corporación de los *franc-masones* frente a los gobiernos de los estados y de las distintas regiones donde ejercía su actividad? ¿O esa denominación de masones francos o liberados ha de tomarse en otro sentido, el de personas que no son esclavas de los prejuicios ni de los credos, libertad que sería inútil sacar a la luz? Si esto era así, resultaría vano querer buscar las pruebas documentales, y la pregunta quedaría pendiente. Sin embargo puede aportarse una aclaración gracias a un documento de 1509 cuya existencia o cuya importancia no ha sido, al parecer, subrayada hasta el presente.

Se trata de una carta escrita el 4 de febrero de 1509 a Cornelius Agrippa por su amigo italiano, Landolfo, para recomendarle un iniciado. Landolfo le escribe<sup>(11)</sup>: "Es alemán como tú, originario de Nuremberg, pero que vive en Lyon. Investigador curioso en los arcanos de la naturaleza, es un *hombre libre, completamente independiente de los demás*, que desea, a causa de la reputación que posees ya, explorar también tu abismo... Lánzalo pues para probarlo al espacio; y llevado en las alas de Mercurio vuela de las regiones del Austro a las del Aquilón, toma también el cetro de Júpiter; y si nuestro neófito quiere jurar nuestros estatutos, asócialo a nuestra fraternidad". Se trataba de una asociación secreta hermética creada por Agrippa, y hay una evidente analogía entre la prueba del espacio que debe afrontar el iniciado y las terribles pruebas y viajes simbólicos de la iniciación masónica, incluso si la prueba, aquí, se hace en las alas de Hermes. Hermes Psicopompo, el padre de los filósofos según la tradición hermética, es el guía de las almas en el más allá clásico y en los misterios iniciáticos. También en esta carta, se notifica la cualidad de hombre libre, en tanto que suficiente para abrir al profano la puerta del templo al que llama; también aquí, se manifiesta en substancia el principio de la libertad de conciencia y al par la tolerancia. Ambas tradiciones paralelas, hermética y masónica, ponen idéntica condición al profano a iniciar: la de ser un hombre libre; de lo que puede presumirse que ella no se refería a las franquicias particulares de las corporaciones de oficio, que por otra parte hubiese estado fuera de lugar pedir a los *accepted Masons* que no eran albañiles de profesión sino francmasones.

El carácter fundamental de las *Constituciones* de Anderson reside pues en el principio de la libertad de conciencia y de tolerancia, que permite también a los no cristianos pertenecer a la Orden. En las *Constituciones* de Anderson la

Francmasonería conserva su carácter universal, no está subordinada a ningún credo filosófico particular ni a ninguna secta religiosa, y no manifiesta ninguna inclinación por trabajos de orden social o político; puede que este carácter aconfesional y libre haya inspirado igualmente a la Masonería anterior a 1717 y que Anderson no haya hecho más que ratificarlo en las *Constituciones*.

Al implantarse en América y en el continente europeo, la Francmasonería conservó en general su carácter universal de tolerancia religiosa y filosófica y permaneció ajena a todo movimiento político y social, incluso acentuando a veces, como en Alemania, su interés por el hermetismo. Alrededor de 1740, comenzaron a multiplicarse los nuevos ritos y los altos grados, pero conservando cuidadosamente los rituales y el rito de los tres primeros grados, los de la verdadera francmasonería, llamada igualmente masonería simbólica o azul.

Los rituales de estos altos grados son en ocasiones un desarrollo de la leyenda de Hiram, o se relacionan con los Rosacruces, el hermetismo, los Templarios, el gnosticismo, los cátaros..., y no tienen ya un auténtico carácter masónico; desde el punto de vista de la iniciación masónica, son absolutamente superfluos. La Francmasonería está completa en los tres primeros grados, reconocidos por todos los ritos, y sobre los cuales se basan los altos grados y las logias superiores de los diferentes ritos. El compañero francmasón, una vez que ha llegado a maestro, ha acabado simbólicamente su gran obra. Los altos grados sólo podrían tener una función verdaderamente masónica si contribuyesen a una interpretación correcta de la tradición masónica y a una comprensión y aplicación más inteligente del rito, es decir del arte real.

Desde luego esto no significa que haya que abolir los altos grados, ya que los hermanos que con ellos están decorados son libres, y que quienes gustan de reunirse en ritos y cuerpos para efectuar trabajos que no se oponen a las obras masónicas deben tener la libertad de hacerlo. Sin embargo, desde el punto de vista estrictamente masónico, su pertenencia a otros ritos y a otras logias superiores no los pone por encima de los maestros que no experimentan otra necesidad que efectuar el trabajo de la masonería universal de los tres primeros grados. Además, es evidente que ritos distintos como el de Swedenborg, los Escoceses, los de la Estricta Observancia, de Memphis..., al ser diferentes, ya no son universales, o no lo son más que en la medida en que se basan sobre los tres primeros grados. Olvidarlo o intentar desnaturalizar el carácter universal, libre y tolerante de la Francmasonería, para imponer a los hermanos de las Logias puntos de vista u objetivos particulares, sería ir contra el espíritu de la

tradición masónica y contra la letra de las *Constituciones* de la Fraternidad.

Es en Francia donde aparece la primera alteración, al mismo tiempo que la floración de los altos grados. La efervescencia de las ideas en esa época, el movimiento de la Enciclopedia, repercuten en la Francmasonería que se difunde amplia y rápidamente; y por primera vez, el interés de la Orden se dirige hacia y se concentra en las cuestiones políticas y sociales. Afirmar que la revolución francesa sea obra de la Francmasonería nos parece cuando menos exagerado; por contra es innegable que la Francmasonería sufrió en Francia, y hubiera sido difícil que ello no se produjese, la influencia del gran movimiento profano que condujo a la revolución y culminó en el imperio. La Francmasonería francesa devino entonces y siguió siendo desde ese momento una masonería comprometida e interesada en las cuestiones políticas y sociales; algunos quisieron considerarla como "tradicional" cuando a lo sumo representa la tradición masónica francesa, bien distinta de la antigua tradición. Esta desviación y este compromiso es la causa principal, si no la única, de la oposición que seguidamente nació entre la masonería anglosajona y la francesa; en Italia, creó las disensiones de estos últimos cincuenta años, que tuvieron como consecuencia su desunión y el debilitamiento ante los ataques y la persecución de los jesuitas y los fascistas. Sea como fuere, incluso los hermanos que siguen la tradición masónica francesa no han olvidado el principio de tolerancia, y en las logias masónicas italianas, mucho antes de la persecución fascista, había hermanos de todas las creencias religiosas y de todos los partidos políticos, comprendidos católicos y monárquicos.

## NOTAS

1. *Libertà va cercando ch'è sì cara*

*Come sa chi per lei vita rifiuta.* (Dante, *Purgatorio*. I, 71-72.)

2. Hutchinson, *Spirit of Masonry*; Preston, *Illustrations of Masonry*; G. De Castro, *Mondo segreto*, IV, 91; A. Reghini, *Noterelle iniziatiche, Sull'origine del simbolismo*, en *Rassegna Massonica*, junio-julio 1923.

3. *The Grand Mystery of Free-masons discovered wherein are the several questions put to them at their Meetings and installation*, Londres 1724.

4. Virgilio, *Bucólicas*, Égloga VIII.

5. Máximo de Tiro, *Discours philosophiques*, traducción Formey, Leyden, 1764: Discurso XI, pág. 173.

## Los Números Sagrados En La Tradición Pitagórica Masónica

6. Cf. Oswald Wirth, *Le Livre du Maître*, 1923, pág. 7.
7. Johannes Daniel Mylius, *Basilica Philosophica*, Francfort, 1618.
8. Cf. Pietro Negri [= A. Reghini], *Un codice plumbeo alchemico italiano*, en *UR*, números 9 y 10, 1927.
9. Cf. A. Reghini, *Le parole sacre e di passo ed il massimo mistero massonico*, Todi 1922.
10. O. Wirth expresa categóricamente esta opinión, cf. *Le Livre du Maître*, pág. 189.
11. Cornelius Agrippa, *Cartas*. Cf. también la monografía de A. Reghini, prefacio de la versión italiana de la *Filosofía Oculta* de Agrippa.

## 2ª Parte

Hay que recordar también que en el período previo a la revolución francesa, no todos los masones olvidaron la verdadera naturaleza de la Francmasonería, aun cuando quedaran desorientados por la pléyade de ritos diversos y opuestos. En el Convento de los *Philalèthes* se reunieron masones de todos los ritos, animados todos ellos por el mismo deseo de restablecer la unidad. Sólo Cagliostro, que había fundado el rito de la Masonería Egipcia que únicamente constaba de tres grados, y estaba exclusivamente dedicada a la obra de edificación espiritual, se negó a participar en este Convento por razones que sería demasiado largo exponer.

La influencia masónica francesa se afirmó también en Italia, después de la revolución y durante el imperio. Aún hoy, la presencia de ciertos términos técnicos en los "trabajos" masónicos, como el "mallette" del Venerable (traducido al italiano literalmente por "*maglietto*") así como otros términos (*louveton*, traducción fonético-semántica de Lufton, hijo de Gabaón, nombre genérico del masón según los primeros rituales ingleses y franceses) son prueba de ello. La francmasonería francesa y la italiana tuvieron estrechas relaciones durante todo el último siglo, y a veces una actitud revolucionaria, republicana, pero también materialista y positivista que seguía la moda filosófica de la época. No se puede decir sin embargo que la francmasonería italiana se convirtiera en una francmasonería materialista, pues si bien fue siempre tolerante ante todas las opiniones, no por ello dejó de venerar, y muy particularmente, a un gran espíritu como Giuseppe Mazzini y a grandes francmasones como Garibaldi, Bovio, Carducci, Filopanti, Pascoli, Domizio Torrigiani, y Giovanni Amendola, todos idealistas y espiritualistas.<sup>(1)</sup> Fue el salvajismo furioso y el vandalismo de los gamberros fascistas lo que devastó nuestros templos, nuestras bibliotecas y rompió los bustos de Mazzini y Garibaldi que decoraban nuestras sedes.

Por otra parte hay que reconocer que si la francmasonería inglesa ha conservado siempre un carácter espiritualista y nunca se le ha ocurrido negar la existencia del Gran Arquitecto del Universo, a menudo ha estado tentada, y todavía lo está, de conferir un cierto tono cristiano a su espiritualismo, alejándose de esa manera del espíritu de imparcialidad absoluta y no confesional de las *Constituciones* de Anderson. No se puede negar que el hecho de obligar a prestar juramento sobre el Evangelio de San Juan no es una prueba de tolerancia ante profanos y hermanos agnósticos o paganos, judíos o

libre pensadores, que no tienen una especial simpatía por el Evangelio de San Juan y lo ignoran todo de la tradición joánica. La intolerancia se acentúa con la mala costumbre de infligir la lectura y el comentario de los versículos del Evangelio durante los trabajos de la Logia. Si este hábito criticable adquiere importancia, terminará por reducir los trabajos de la Logia a un simple servicio religioso cuáquero o puritano, a una especie de "rosario" o de "vísperas" fastidiosos, inútiles e insoportables para la libre conciencia de tantos hermanos que, en Inglaterra y en América, ni van a misa, ni aceptan la infalibilidad del papa, como tampoco la autoridad de la Biblia. ¿Es necesario crear malestar e irritación en nuestras columnas sin una contrapartida apreciable? ¿Puede creerse que por esos medios se convertirá a los demás a las propias creencias y que de esa manera se contendrá al agnosticismo inglés y americano?

Estas consideraciones exhortan a conservar el carácter universal de la Francmasonería por encima de los credos religiosos y filosóficos y de los compromisos políticos. Lo que no significa que haya que ignorar la política. En efecto, hay que protegerse de ella. La intolerancia no puede dejar el campo a la tolerancia y la tolerancia lo puede tolerar todo excepto la intolerancia deliberadamente hostil. Desde el momento que aparecieron las *Constituciones* de Anderson con su principio de libertad y de tolerancia, la Iglesia católica excomulgó a la Francmasonería, culpable precisamente de tolerancia; y el encarnizamiento contra la Francmasonería ya nunca sería desmentido. En Italia, la persecución de la Francmasonería durante estos últimos veinte años fue comenzada y sostenida por los jesuitas y los nacionalistas<sup>(2)</sup>; en cuanto a los fascistas, para ganarse el favor de estos señores, no vacilaron en provocar la aversión del mundo civilizado respecto a Italia por su vandalismo en contra de la Francmasonería. Los jesuitas han perdido esta guerra; pero la lepra de la intolerancia se propaga siempre, reviste nuevas formas y es necesario protegerse de ella. Por otra parte, llega la hora, si no nos equivocamos, de difundir la Francmasonería por toda la Tierra y establecer una fraternidad entre los hombres de todas las razas, civilizaciones y religiones; para llevar a bien esta tarea, es necesario que la Francmasonería no asuma una fisionomía y un tono que no pertenecen más que a una minoría hacia la cual las grandes civilizaciones orientales, China, India, Japón, Malasia, el mundo del Islam, se han mostrado refractarias. La cosa es posible mientras la Francmasonería no se circunscriba a una creencia cualquiera y permanezca fiel a su patrimonio espiritual, que no consiste ni en una fe codificada, un credo religioso o filosófico, un conjunto de postulados o de prejuicios ideológicos y moralistas, ni en un bagaje doctrinal considerado detentador y portador de la verdad a la

cual convertir a los no creyentes. Hay que pensar que, aun si la verdadera religión y la verdadera filosofía existen, es una ilusión creer que se las puede conquistar o comunicar mediante una conversión, una confesión o el recitado de ciertas fórmulas, porque cada cual entiende las palabras de estos credos y fórmulas a su manera, de acuerdo a su civilización y su inteligencia; y en el fondo, no son, como decía Hamlet, sino "*words, words, words*". Mientras no se reflexiona en ello, se tiene la ilusión de que esas palabras se comprenden de igual manera; tan pronto como se empieza a razonar, surgen sectas y herejías, cada una persuadida de que detenta la verdad. La sabiduría no puede ya ser comprendida racionalmente, ni expresada, ni comunicada; es una visión, una *vidya*, esencial y necesariamente indeterminada, incierta; y, cuando los ojos se abren a la luz con el nacimiento a la nueva vida, se aproxima uno a esa visión. El arte masónico o arte real es el arte de trabajar la piedra bruta para hacer posible la transmutación humana y la percepción gradual de la luz iniciática. Lo que no significa, naturalmente, que la Francmasonería tenga el monopolio del arte real.

En el transcurso de los dos últimos siglos la mayor parte de los enemigos de la Francmasonería han recurrido sistemática y únicamente a la injuria y a la calumnia, apoyándose en sentimientos moralistas y patrióticos. Se ha afirmado así que los trabajos masónicos consistían en orgías abominables, y con ese fin se han desviado los rituales, se han desvelado las ceremonias masónicas poniéndolas en ridículo, se ha acusado a los masones de traicionar a su patria a causa del carácter internacional de la Orden, se ha afirmado que la Francmasonería no es otra cosa que el instrumento de los judíos, siempre para engañar y alzar a los creyentes y al público en general en contra de la "Sociedad Secreta". Los francmasones, naturalmente, sabían muy bien que no se trataba más que de calumnias; y, como nada conseguía convencerles, se ha pensado en suprimirlos o en quitarles la posibilidad de reunirse para trabajar, o de responder y defenderse. Recientemente, un escritor católico<sup>(3)</sup> ha publicado un estudio histórico sobre "*la Tradición Secreta*"; conducido con competencia y habilidad, las habituales y acostumbradas calumnias destinadas a impresionar a los profanos han sido hábilmente reemplazadas en él por una crítica insidiosa, destinada a impresionar al lector culto y al espíritu de nuestros hermanos.

Esta crítica afirma que el fondo de la tradición secreta no contiene sino el vacío absoluto (pág. 139) y concluye afirmando que "la Escuela Iniciática o por medio de ella la Tradición Secreta no ha enseñado absolutamente nada a la humanidad" (pág. 155). No se comprende muy bien entonces cómo puede

afirmarse igualmente que este vacío absoluto, "esta tradición secreta coincide (pág. 141), aún cuando a menudo sea de una manera corrompida, con las doctrinas gnósticas", pero no pretendamos demasiado. La Francmasonería es pues, según el autor, una esfinge sin secreto dado que no enseña ninguna doctrina; de ese modo el lector se ve llevado a concluir que al estar desprovista de contenido, la Masonería no tiene ningún valor. En las páginas que preceden hemos mostrado que la Francmasonería no enseña ninguna doctrina y no *debe* enseñarla, subrayando que esta actitud es uno de sus méritos. Ahora bien, para llegar a concluir que la Tradición secreta contiene el vacío al no contener una doctrina, hay que creer que solamente una doctrina puede ocupar el vacío. En la página 153, el autor afirma todavía: "el sistema iniciático supone que el hombre pueda llegar a comprender por un esfuerzo de la inteligencia los problemas inexplicados del cosmos y del más allá"; en la página 152 escribe: "la Iglesia católica opone a las vanas elucubraciones de los que se autodenominan iniciados, la fuerza intangible de su dogma que debe ser único porque no pueden existir dos verdades" y que el sistema iniciático es incompatible con el cristianismo. A estas afirmaciones respondemos que ignoramos la existencia de un sistema iniciático, que no conocemos iniciados que hagan suposiciones, y aún menos que se hagan ilusiones sobre la posibilidad de resolver por medio de su inteligencia o de elucubraciones los problemas inexplicados; pero nos es imposible admitir que la fe en un dogma pueda constituir un conocimiento, pues saber no es creer. De hecho comprendemos que la verdad es necesariamente inefable e indecible; dejamos a los profanos la consoladora e ingenua ilusión de creer que es posible formular de alguna manera esta verdad y este conocimiento en credos, fórmulas, doctrinas, sistemas y teorías. Además, hasta Jesús sabía que sus parábolas no eran más que parábolas; pero decía también a sus discípulos que a *ellos* "les era dado entender el *misterio* del reino de los cielos". Evidentemente *sola fides sufficit ad firmandum cor sincerum*, pero *non sufficit* para entender los misterios. Lo que es igualmente válido para el simple razonamiento. Con esto no queremos disminuir de ninguna manera el valor de la fe y del razonamiento; la fe sola conduce al desespero filosófico; y ambos son un poco como el tabaco y el café: dos venenos que se compensan; pero desde luego no basta con fumar en pipa y degustar un café para elevarse al conocimiento. Al conocimiento *multi vocati sunt*, pero no todos; y, entre estos muchos, *pauci electi sunt*; según la Iglesia católica, por el contrario es suficiente con tener fe en el Dogma, y el conocimiento y el paraíso están al alcance de todos los bolsillos a precios realmente insuperables.

Resumamos: No existe una doctrina masónica secreta<sup>(4)</sup>; pero existe un arte

secreto, llamado arte real o más sencillamente Arte; es el arte de la edificación espiritual al que corresponde la arquitectura sagrada. Los instrumentos masónicos tienen pues un sentido figurado en la obra de la transmutación, y al secreto del arte real corresponde el secreto arquitectónico de los constructores de las grandes catedrales medievales. Es natural que los francmasones veneren al Gran Arquitecto del Universo, incluso aunque no se defina lo que hay que entender por esta fórmula.

En la arquitectura antigua, especialmente en la arquitectura sagrada, las cuestiones de relación y proporción tenían una importancia capital; la arquitectura clásica reglaba la proporción de las diferentes partes de un edificio, y en particular de los templos, basándose en un *módulo* secreto al cual alude Vitruvio; existe toda una literatura referida a la arquitectura egipcia y sobre todo a la pirámide de Kéops, que ilustra su carácter matemático; e incluso procediendo con la mayor circunspección, es cierto, por ejemplo, que esta pirámide se encuentra exactamente a 30 de latitud para formar con el centro de la tierra y el polo Norte un triángulo equilátero; es cierto que está perfectamente orientada y que la cara vuelta hacia el septentrión es exactamente perpendicular al eje de rotación terrestre, en función de la posición que éste tenía en la época de su construcción. En cuanto a los constructores de la Edad Media, no les guiaban solamente unos criterios estéticos; se preocupaban de la orientación de la iglesia, del número de naves, etc.; el arte de los constructores estaba en relación con la ciencia de la geometría. La escuadra y el compás son los dos símbolos de oficio fundamentales en el arte masónico; y la regla y el compás los dos instrumentos fundamentales en la geometría elemental. La Biblia afirma que Dios ha hecho *omnia in numero, pondere et mensura*; los pitagóricos han creado la palabra *cosmos* para indicar la belleza del universo en el que reconocían una unidad, un orden, una armonía, una proporción; y entre las cuatro ciencias liberales del cuadrivio pitagórico, la aritmética, la geometría, la música y la esférica, la primera estaba en la base de todas las demás. Dante comparaba el cielo del Sol con la aritmética porque "como de la luz del Sol todas las estrellas se iluminan, así de la luz de la aritmética se iluminan todas las ciencias" y al igual "que el ojo no puede mirar al sol, así el ojo del intelecto no puede mirar el número que es infinito"<sup>(5)</sup>.

Sin entrar en la crítica de este pasaje, no deja de quedar establecida la posición que ocupa la Aritmética según Dante. Por otra parte tanto la Biblia como la arquitectura aconsejaban considerar los números. Hoy en día, aún negándose a reconocer en el cosmos una unidad, un orden, una armonía, una

ley, y no aceptando más que el determinismo limitado por la ley de las probabilidades, la física moderna sigue reduciéndose a considerar los números y las relaciones numéricas; de hecho no quedan sino ellos, y tanto Einstein como Bertrand Russell han constatado y reconocido que la ciencia moderna volvía al pitagorismo.

Así pues no hay nada sorprendente en que los francmasones hayan identificado al arte arquitectónico con la geometría y hayan dado al conocimiento de los números una tal importancia que ella justifica su pretensión tradicional de ser los únicos en conocer los "números sagrados".

Pero aún hemos de hacer algunas observaciones. La geometría en su parte métrica, es decir en las medidas, exige el conocimiento de la aritmética; ahora bien, antiguamente la acepción de la palabra geometría era menos específica que hoy, y geometría significaba genéricamente toda la matemática; así la identificación del arte real con la geometría, tradicional en la Francmasonería, no se refiere a la geometría tomada en su sentido moderno, sino también a la aritmética. Además, debemos observar que la relación entre geometría, arte real de la arquitectura y edificación espiritual es la misma que inspira la máxima platónica: "Que nadie entre aquí si no es geómetra". Máxima de una atribución algo dudosa, pues no es referida más que por un comentarista bastante tardío; pero en obras que indiscutiblemente son de Platón podemos leer: "...la geometría es un método para dirigir al alma hacia el ser eterno, una escuela preparatoria para un espíritu científico, capaz de volver las actividades del alma hacia las cosas suprahumanas", [...] "incluso es imposible llegar a una verdadera fe en Dios si no se conoce la matemática, la astronomía y la íntima unión de esta última con la música"<sup>(6)</sup>.

Esta concepción y actitud de Platón serán las de la Escuela Itálica o pitagórica, que ejerció sobre él una gran influencia, lo que permite decir cuando se quiere sostener que la Masonería se ha inspirado en Platón, que en último análisis, se vuelve siempre a la geometría y la aritmética de los pitagóricos. El vínculo entre la Francmasonería y la Orden pitagórica, sin que se trate de una derivación histórica ininterrumpida, sino solamente de una filiación espiritual, es seguro y manifiesto. El Arcipreste Domenico Angherà en el prefacio que escribió para la reedición de los *Estatutos generales de la Sociedad de los Francmasones del Rito Escocés Antiguo y Aceptado* (1874), que ya habían sido publicados en Nápoles en 1820, afirma categóricamente que la Orden Masónica es idéntica a la Orden pitagórica; pero incluso sin ir tan lejos, la afinidad entre ambas órdenes es cierta. El arte geométrico de la

Francmasonería, en particular, proviene directa o indirectamente de la geometría y la aritmética pitagóricas; y no es anterior, porque los pitagóricos fueron los creadores de estas ciencias liberales, según lo que puede deducirse históricamente y a partir de los testimonios de Proclo. "Aparte de algunas propiedades geométricas atribuidas, sin duda equivocadamente, a Tales, la geometría, dice Paul Tannery, brotó completa del cerebro de Pitágoras al igual que Minerva saltó enteramente armada del de Júpiter; y los Pitagóricos fueron los primeros en estudiar la aritmética y los números".

Para estudiar las propiedades de los números sagrados de los Francmasones y su función en la Francmasonería, la vía que se ofrece por ella misma es pues la del estudio de la antigua aritmética pitagórica; y el estudiarla tanto desde el punto de vista aritmético ordinario como del de la aritmética simbólica o formal, como la llama Pico de la Mirándola, correspondiente al cometido filosófico y espiritual que Platón asigna a la geometría. Ambos sentidos se encuentran estrechamente ligados en el desarrollo de la aritmética pitagórica. La comprensión de los números pitagóricos facilitará la de los números sagrados de la Masonería.

*Traducción: J. M. Río*

## NOTAS

1. Giuseppe Mazzini (1805-1872), fundador de la "Joven Italia" (sociedad secreta que trabajaba para el establecimiento de la república en Italia). Giuseppe Garibaldi (1807-1882), patriota italiano que luchó para liberar a Italia del dominio austríaco, de los Borbones (reino de las Dos Sicilias) y finalmente del papado. Giovanni Bovio (1841-1903) filósofo y hombre político radical de izquierdas. Giosue Carducci (1835-1907) poeta. Quirico Filopanti (1812-1894) patriota y universitario. Giovanni Pascoli (1855-1912) poeta. Domizio Torrigiani (1879-1932). Giovanni Amendola (1882-1926) hombre político, filósofo fundador del Movimiento Unión Democrática Nacional.

2. Cf. los artículos de Emilio Bodrero en *Civiltà cattolica*, órgano de la Compañía de Jesús, y en *Roma Fascista*, periódico; cf. también *Ignis y Rassegna Massonica*, año 1925.

3. Cf. Raffaele Del Castillo, *La tradizione segreta*, Milán 1941.

4. O. Wirth ya había dicho la misma cosa en 1941: "Como el método iniciático se niega a inculcar nada que fuere, apenas es admisible que se haya enseñado una doctrina positiva en el seno de los Misterios", en el *Livre du Maître*, pág. 119.

Del Castillo sostiene por el contrario –y sin ninguna prueba– que la Masonería ha pretendido enseñar una doctrina secreta, y constata que no se encuentra traza de esta doctrina positiva. En lugar de reconocer que su punto de vista no es defendible, acusa a la

## Los Números Sagrados En La Tradición Pitagórica Masónica

Masonería de ser redundante e incapaz. *O vos qui cum Jesu itis, non ite cum Jesuitis.*

5. "come del lume del Sole tutte le stelle si alluminano, così del lume dell'aritmetica tutte le scienze si alluminano [...] che l'occhio dell'intelletto non può mirare [...] il numero [...] è infinito". Dante, *El Banquete*, II, XIII, 15 y 19.

6. Gino Loria, *Le scienze esatte nell'antica Grecia*, 2ª edición, Milán 1914, pág. 110.